

Que la memoria alumbre. Nuevos escenarios para las luchas por los sentidos del pasado a 40 años de democracia en la Argentina

PAULA CANELO

Instituto de Investigaciones Sociales de América
Latina (FLACSO-CONICET). UBA

ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]
Voces plurales para pensar la
democracia argentina (1983-2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral
Universidad Nacional del Litoral, Argentina
ISSNe: 2250-6950
estudiossociales@unl.edu.ar
DOI: 10.14409/es.2023.64.e0063

Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Atribución- NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.



«To articulate the past historically does
not mean to recognize
it “the way it really was” (Ranke).
It means to seize hold of a memory
as it flashes up at a moment of danger».

WALTER BENJAMIN ILLUMINATIONS (1969:255)

Hay una conocida frase de Walter Benjamin que el autor emplea en su Tesis de Filosofía de la Historia (la llamada «Tesis VI») donde afirma que articular el pasado no es reconocerlo «tal cual fue», sino «adueñarse de una memoria tal y como relumbra en un momento de peligro» (1969:113).

Esta frase, citada en algunos textos del campo que los académicos y académicas llamamos «estudios sobre memoria», posee no solo una belleza innegable en su formulación, sino además una enorme potencia heurística.

La misma contiene y expresa muy bien la forma social y culturalmente construida (ya a esta altura, ¿la tradición?) mediante la que en la Argentina, y también en otros países de América Latina, hemos comprendido y estudiado las que aquí llamaremos «memorias sociales» sobre nuestro pasado reciente. Además, desde el punto de vista del

descubrimiento y de la proyección a futuro, permite no solo comprender los desafíos que en el escenario político actual se le presentan a esas «memorias sociales» sino también algunas formas posibles, provisorias y discutibles, para sortear los peligros que (percibimos) hoy las amenazan.

Esto que, un poco de modo arriesgado, venimos de designar como «tradición» de los estudios sobre las memorias sociales, regularmente integra dos elementos muy vinculados entre sí: lo que aquí llamaremos *dimensión política* de las memorias (siempre en plural) y el vínculo inevitable de las memorias con el peligro.

¿A qué nos referimos? Primero, cuando hacemos referencia a la *dimensión política* de las memorias hablamos de cierto consenso general, social, cultural, que reconoce (aunque a veces intenta negarlo) que todas las memorias albergan (y que deben albergar) conflictos, oposiciones, antagonismos, luchas.

Así, por ejemplo, pensamos y analizamos a las memorias como múltiples, heterogéneas, cambiantes, permeables. Lo hacemos, en un caso, cuando elegimos titular un libro con la expresión «Los trabajos de la memoria», como lo hace Elizabeth Jelin; cuando mostramos que el Nunca Más tiene una «Historia Política» como lo hace Emilio Crenzel; cuando nos preguntamos «¿De quién es el 24 de marzo?» como Federico Lorenz; o cuando recorremos «La cambiante memoria de la dictadura» como lo hacen Daniel Lvovich y Jacqueline Bisquert, entre tantos otros y otras.

Afirmar que todas las memorias tienen una *dimensión política* supone también que las mismas incluyen, siempre, una alteridad. Las memorias deben poder albergar distintas voces (la de este texto, por ejemplo), permitir la convivencia entre diversas experiencias, expresar distintos relatos sobre hechos del pasado, aun cuando estos relatos puedan ser contradictorios.

Esta potente idea de las memorias que cobijan y contienen relatos contradictorios llevó a Pilar Calveiro a hablar de las memorias como «rompecabezas» y, en cierto sentido, a desear que las mismas se constituyeran, mejor aún dice la autora, «como un lego»:

la memoria arma el recuerdo no como un rompecabezas en donde cada pieza entra en un único lugar, para formar una figura también única, sino que opera más que como un rompecabezas, como un lego. O sea que con las mismas piezas yo puedo construir distintas figuras. Y esta diversidad de las figuras posibles es justamente, desde mi punto de vista, la riqueza de la memoria y lo que hace que no pueda haber dueños de esta práctica. (Calveiro, 2005:72)

Las piezas del juego no entran, no deben entrar, dice Calveiro, en un solo y único lugar, como en el rompecabezas, sino que cada pieza debe poder combinarse con varias otras, para construir distintas figuras, y no solo una. Esta diversidad de figuras es la riqueza de las memorias y lo que hace que las mismas no tengan dueño. ¿Podemos llamar a esta la *dimensión vacante* de las memorias, que no tienen dueño?

Decíamos entonces que las memorias son políticas y que además están necesariamente vacantes, porque no tienen dueño. También sabemos que hay memorias triunfantes y otras que no lo son. En el ya largo tramo de cuatro décadas que recorrimos desde el retorno de la democracia, hubo memorias que fueron abrazadas por las mayorías, mientras que otras solo lograron persistir entre círculos minoritarios. Las primeras desplazaron a sus competidoras y pasaron a constituirse como sentido común, transformándose en *memorias hegemónicas*.

¿Qué postularon estas memorias hegemónicas en la Argentina? En síntesis, la veracidad de las demandas y consignas de los organismos de derechos humanos, y la legitimidad de las políticas de judicialización de los crímenes de lesa humanidad cometidos por las Fuerzas Armadas, de seguridad y sus aliados civiles durante la última dictadura.

Pero además, en el caso argentino, estas «memorias hegemónicas» se constituyeron también como parte del pacto social (en el sentido de pacto societal) básico e instituyente de la democracia argentina. Formaron parte del que en un artículo reciente llamamos «vértice» de la democracia: un centro eficaz para establecer las condiciones de representación de aquella sociedad transicional, y las de su futuro (Canelo, 2022).

Así, en el largo camino recorrido desde el Juicio a las Juntas, la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, hasta la transformación de la ahora ex ESMA en centro de memoria, entre otros muchos acontecimientos, hay memorias triunfantes, que se constituyeron en tales al mismo tiempo que se transformaban en pilares básicos de fundación (y sostén) de la democracia argentina.

¿Cuál fue su secreto? ¿Cómo lograron constituirse en vencedoras? Entre otras cosas, fueron lo suficientemente permeables (fueron lo suficientemente libres y políticas) para permitir el juego de legos, no se limitaron a ser un rompecabezas de piezas inmutables. Incluyeron, de una u otra forma, a todo aquel o aquella que estuviera dispuesto a jugar.

¿Y hoy? Hoy, sin dudas, cumpliéndose 40 años del largo ciclo democrático, hay una cierta sensación general, indefinida pero no por eso menos tangible, que nos indica que algo está en peligro. Hoy, como en los años 80 cuando apenas asomábamos de la violencia extrema de la dictadura a tiempos menos aterradores, volvemos a percibir que algo está en peligro, que algo está siendo (o a punto de ser) vulnerado.

Hoy, en este largo ciclo de conmemoraciones que se están produciendo a lo largo y a lo ancho de nuestro país, hay algo que nos advierte sobre la aparición de un peligro.

Benjamin nos decía que las memorias mantienen un estrecho vínculo con los peligros del presente. ¿En qué sentido? En el sentido de que sería en aquellos momentos de peligro cuando, paradójicamente, las memorias se fortalecerían, se volverían más resistentes. Traemos la memoria del pasado al presente, como un relámpago, diría Benjamin, cuando la memoria corre peligro.

Y ¿cuáles son los peligros del presente? ¿Cuáles son las amenazas que se ciernen hoy sobre las memorias? Al parecer, hoy no solo se trata de que las memorias hegemónicas corran peligro (un peligro que en general las fortalece) sino que, más bien, es el juego mismo el que estaría en peligro.

En efecto: si bien como vimos más arriba las memorias hegemónicas siempre han logrado convivir con memorias alternativas, minoritarias, marginales, hoy el tema parece ser bastante diferente: nuevas voces, actores, sectores, han comenzado a luchar por el sentido de las memorias, pero en muchos casos el propósito no es participar del juego, sino negar la existencia del juego mismo, nada más y nada menos que la veracidad de las memorias hegemónicas y de los actores que las han sostenido. Y, si conveníamos más arriba en que estas memorias hegemónicas habían formado parte de la democracia como pacto societal, entonces: ¿está en juego, en consecuencia, la democracia, junto con las memorias que le dieron sentido?

Esta propiedad distintiva (la de negar la veracidad del juego) ha llevado a muchos observadores a agrupar a estas amenazas bajo el rótulo de *negacionismo*. Se trata de un espacio integrado por distintos tipos de organizaciones civiles, cívico-militares, intelectuales, medios de comunicación, dirigentes políticos y gubernamentales, etc., que cuestionan,

banalizan o bien niegan las «memorias hegemónicas» sobre nuestro pasado reciente en general y sobre el terrorismo de Estado en particular.

Con alarma, observamos que este espacio hoy ha comenzado a organizarse, a crecer cuantitativa y cualitativamente, a forjar alianzas, a homogeneizar demandas hacia un lema común: las piezas del rompecabezas no son piezas, son mentiras («No son 30 000 desaparecidos», «Verdad a medias es mentira»).

¿Qué puede decirnos una rápida mirada hacia el pasado reciente sobre este espacio negacionista? Primero, que no es en absoluto nuevo. Desde la posdictadura hasta el final de los gobiernos kirchneristas este espacio ha estado formado por un conjunto cambiante y heterogéneo de organizaciones, grupos, redes, siempre minoritarias, no siempre coordinadas, pero con una presencia pública importante. En casi todos los casos este espacio se hizo más nítido en distintos momentos de avance de los procesos de judicialización. Sus consignas fueron reactivas, porque también fueron memorias que se fortalecieron en momentos de peligro, como las hegemónicas, aunque le eran alternativas y, en muchos casos, opuestas.

Por ejemplo, ya muy temprano, en los años 80 conocimos a la agrupación Familiares y Amigos de los Muertos por la Subversión (la conocida FAMUS), y distintos voceros de las Fuerzas Armadas (abogados, intelectuales, periodistas, funcionarios, etc.) que tuvieron una presencia pública importante frente al avance de los primeros procesos de judicialización. En los años 90 asistimos a un crecimiento exponencial de este espacio, con el surgimiento de las que llamamos «organizaciones de memoria completa», cuando alcanzaron mucha gravitación dada la reapertura del frente de los derechos humanos, en particular los «juicios por la verdad histórica». Con fuerte presencia pública, estas

organizaciones les disputaron a los organismos de derechos humanos la verdad sobre el pasado reciente. Estas organizaciones quisieron, además, lograr el reconocimiento estatal y social de sus reclamos, así como defender a quienes enfrentaban procesos por delitos de lesa humanidad. Los orígenes y las filiaciones de estas organizaciones de memoria completa fueron variados: en dicho espacio convivían organizaciones formadas por familiares y amigos de los oficiales «muertos por la subversión», como la Asociación de la Víctimas del Terrorismo en Argentina (ATV), Familiares y Amigos de Víctimas del Terrorismo (FAViTe), ambas herederas de FAMUS. Se presentaban como damnificados directos del terrorismo, como esposas, hijos, sobrinos, padres y madres de oficiales «muertos por la subversión», y se posicionaron como víctimas no reconocidas ni recordadas. También existieron organizaciones civiles, asociaciones sin fines de lucro y fundaciones como Argentinos por la Memoria Completa, Grupos de Amigos por la Verdad Histórica, Foro por la Verdad Histórica, Asociación Unidad Argentina (AUNAR) entre otras. Sus consignas encontraron aliados entre las altas autoridades de las Fuerzas Armadas, como el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, Ricardo Brinzoni, y organizaciones de retirados procesistas, como el Foro de Generales Retirados y el Foro de Almirantes, y también en el Círculo Militar, entonces conducido por el cruzado de la «lucha antisubversiva» Ramón Genaro Díaz Bessone.

Desde mediados de los años 2000, especialmente desde 2006, como consecuencia de la reactivación de los procesos de judicialización, surgieron otras agrupaciones, como la Asociación de familiares y amigos de los presos políticos de Argentina; la revista *B1: vitamina para la memoria de la guerra en los 70*, cuyo referente público más notorio fue Cecilia Pando; entre otras.

El año 2015 fue, sin dudas, otro salto cualitativo en el crecimiento y la visibilidad de estos grupos. En efecto, a días de asumido el presidente Macri, el gobierno nacional de Cambios recibió a integrantes del CELTYV (Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas), fundado en 2006 para «investigar y reclamar justicia por los crímenes cometidos por organizaciones guerrilleras en los años 70», integrado por familiares de las «víctimas del terrorismo guerrillero», que buscan no solo ser tratadas en pie de igualdad con las víctimas del terrorismo de Estado, sino también condenar a los exintegrantes de la guerrilla aún con vida. El CELTYV fue la primera agrupación de memoria completa en ser recibida por un funcionario del gobierno nacional, en este caso, por el secretario de Derechos Humanos de la Nación, Claudio Avruj, en la ex ESMA, lo que marcó un hito simbólico insoslayable en el avance cualitativo de estas organizaciones. Algunas figuras del CELTYV, incluso, incursionaron en política: por ejemplo, Arturo Larrabure, hijo de un coronel por cuya muerte en 1975 responsabilizan al ERP, candidato a diputado nacional en 2017 por la provincia de Buenos Aires, por el Frente Todos por Buenos Aires, Lista 298, obteniendo entonces magros resultados electorales; y Victoria Villaruel, abogada y autora del libro *Los otros muertos*. Las víctimas civiles del terrorismo guerrillero de los 70, hoy diputada nacional, que se ha perfilado como una de las referentes más importantes de este espacio.

En este largo recorrido, las consignas, criterios de verdad y presencia pública de todas estas agrupaciones pudieron convivir, o al menos ser resistidas eficazmente, por las memorias sociales hegemónicas. ¿Qué es, entonces, lo que hoy aparece como nuevo? ¿Por qué la amenaza hoy parece mayor? Por varios motivos.

Primero, porque mientras que las organizaciones previas eran creadas en general con carácter defensivo, frente

a avances de la política de judicialización (ej: FAMUS con los juicios de los '80, el Foro de Generales con los Juicios por la Verdad, la Asociación de familiares y amigos de los presos políticos de Argentina y la revista B1, frente a la reactivación de los juicios en 2006, entre otros), en los últimos tiempos el espacio negacionista ha articulado una estrategia ofensiva, es decir, incluso en momentos de debilitamiento del avance de las causas por crímenes contra la humanidad.

Segundo, porque este espacio ha avanzado concretando una agenda de demandas más organizada, cuyos puntos centrales son, entre otros, la instalación del paradigma de la reconciliación como opuesto al de la judicialización; la estigmatización del proceso de justicia como ejercicio de venganza; la impugnación al modo en que se llevan adelante los juicios y la pretensión de convertir a los condenados, procesados e imputados en víctimas; la relativización del terrorismo de Estado y la instalación de una agenda de «verdad completa» que niega la anterior (Torrás y Bertoia, 2017).

Tercero, porque este espacio contó con el reconocimiento público del gobierno de Cambiemos (Canelo, 2019), fuera por cercanía ideológica o fuera por conveniencia política. Esto no implicó ni implica una identidad de esta fuerza política con el espacio negacionista: Cambiemos, en su experiencia de gobierno de 2015–2019, no construyó un discurso, un léxico, una gramática unificados sobre políticas de memoria alternativas. Lo que encontramos más bien en Cambiemos, y hoy en Juntos por el Cambio, son acoples y desacoples con narrativas militares o ciudadanas antagónicas a las hegemónicas. En su propia construcción de hegemonía, el tema de la memoria y de los derechos humanos fue (es) trabajado por Juntos por el Cambio mediante lo que podríamos llamar una estrategia *catch all*, mediante la construcción de un mosaico variado en el cual puedan verse representadas varias de las que llamamos «memorias alternativas» sobre el

pasado reciente. Pero dentro de este mosaico, las demandas negacionistas encontraron un espacio fértil para ampliar los márgenes de lo decible.

Cuarto, porque todo lo anterior se tradujo en una ampliación decisiva del margen de acción del espacio negacionista (gracias a una apertura mediática, política y judicial), hoy visiblemente apoyado por nuevos aliados: distintos sectores eclesiaísticos, intelectuales y figuras públicas, y, con más fuerza que en el pasado, importantes exponentes de la gran prensa nacional, entre muchos otros sectores.

Además de estos recursos no menores, ¿qué es, en definitiva, lo que le otorga potencialidad hegemónica al espacio negacionista? Su capacidad para interpretar y representar a sectores que no se sentían representados por las memorias hegemónicas. Su permeabilidad para darle sentido y dirección a los diferentes sentidos existentes en la sociedad sobre el pasado reciente.

Y aquí, atención: *esta intención hegemónica es inédita desde la transición a la democracia*. Ni siquiera el gobierno menemista, que con el indulto marcó el punto más crítico en el camino de lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia, llegó a negar las memorias hegemónicas. Debe alarmarnos advertir que la ecuación se ha transformado sustantivamente: *ya no discutimos qué hacemos con lo que pasó, sino la verdad misma acerca de lo que pasó*; lo que está en cuestión es lo que pasó en realidad y no cómo lo saldamos, de una u otra forma.

Sabemos que toda hegemonía comprende un proyecto económico, social, político, ideológico. Pero también debemos recordar que la construcción de la hegemonía implica sobre todo la construcción de un sistema de valores que se hace dominante sobre otros posibles. Este sistema de valores triunfante hace al mundo comprensible de ciertas maneras

(y no de otras), define lo aceptable y lo inaceptable, lo creíble y lo increíble, lo posible y lo imposible.

Mediante estas operaciones hegemónicas se establece una constelación de sentidos que parece «natural», pero que en realidad es parte de una construcción, de una construcción hegemónica. Se construye así una visión general que permea a gran parte de la sociedad y que se acepta como visión común del mundo, como «sentido común». Y esta visión del mundo no es la única, ni siquiera la verdadera o la real, sino la que logra imponerse por sobre sus competidoras.

Repetimos: esta intención hegemónica es inédita desde la transición a la democracia. Y agregamos: *esta intención hegemónica probablemente sea irreversible*. ¿Qué hacemos entonces, en un presente donde las memorias antagónicas ya no solo desafían sino que además niegan los criterios de verdad, de la memoria hegemónica? ¿Qué hacemos ahora, cuando en apariencia estas memorias competidoras no solo tensionan las piezas del rompecabezas o los legos, sino que proponen patear el tablero mismo?

No es simple, pero un buen punto de partida es volver a lo que hizo potentes en el pasado a las memorias que lograron tornarse hegemónicas durante cuarenta años de democracia. ¿Cuál fue el secreto de estas memorias triunfantes? ¿Cómo lograron constituirse en vencedoras? Siendo lo suficientemente permeables (siendo lo suficientemente políticas y lo suficientemente libres) como para incluir, de una u otra forma, a todo aquel o aquella que estuviera dispuesto a jugar.

Las memorias no son de nadie, nadie tiene el inventario de la memoria. Como una suerte de *res nullius*, al no tener propietario ni propietaria, pueden ser, entonces, objeto de apropiación. No hay memorias para siempre, aunque creíamos que el «régimen de memoria» (Crenzel, 2008) que había acompañado estos cuarenta años era una conquista que nunca sería cuestionada. Porque lo es, porque lo está siendo: hoy han

aparecido en la escena pública argentina, y con inusual potencia, memorias alternativas, memorias antagónicas, que desafían el rompecabezas tan laboriosamente construido durante cuatro décadas. Volviendo unas palabras atrás, ¿será que en la Argentina las memorias hegemónicas tendieron a construirse y presentarse más como rompecabezas que como un juego de legos, al menos durante varios años?

Las memorias son y serán de todos y todas las que luchen por ellas. No de los que se aferren a dogmas inapelables, a las piezas y posiciones ya conquistadas de un rompecabezas estático cerrado a la interrogación. El haber gozado de nada menos que de cuarenta años de un «régimen de memoria» relativamente estable fue producto de intensas luchas políticas que fueron libradas durante nada menos que cuatro décadas por parte de los más variados actores: organismos de derechos humanos, de víctimas y familiares; movimientos y organizaciones políticos y sociales; intelectuales, artistas, académicos y científicos; periodistas, dirigentes políticos y sociales; hombres y mujeres de la cultura y las artes, etc. Y como todos los logros políticos productos de luchas históricas, los avances realizados en el plano de la Memoria, la Verdad y la Justicia se encuentran sometidos, siempre, al riesgo de la clausura y el retroceso si esas luchas se detienen, se encapsulan o son apropiadas.

Las memorias siempre son un ejercicio, una práctica (mucho más que una reflexión teórica o académica), y deben mantenerse en permanente en movimiento. Ejercicios y prácticas que deben abrirse a las preguntas que se les hagan, siempre que provengan de actores que se expresen dentro de las reglas de la democracia y que estén buscando legítimamente una respuesta. ¿Los desaparecidos son 30 000? ¿Por qué? ¿Son las víctimas de la violencia de las organizaciones armadas, víctimas? ¿Por qué? Y si son víctimas, ¿es legítimo emparentarlas con las del terror de Estado? ¿Por qué? ¿Qué

papel cumplió el último gobierno democrático previo al golpe en la legitimación y legalización de la dinámica represiva posterior al golpe? ¿Por qué? Las preguntas ya están aquí, ya han sido formuladas, y el escenario es incierto; y lo único que hoy y aquí es cierto es que el abroquelamiento será la peor opción.

Si es el juego mismo el que está en peligro, habrá que empezar a fortalecer sus partes, los legos, todos y cada uno, laboriosa y cotidianamente. Desarmarlos y volverlos a armar. Abrir el juego a todos y todas las que quieran jugar. A todos y todas ellas, restituirles alteridad legítima, dentro de las reglas del juego. Recomponer la dimensión necesariamente política de las memorias. Porque, como también dice Calveiro, «la fidelidad de la memoria no puede tener que ver con la repetición. La repetición de una misma historia seca el relato, lo hace cada vez más irrelevante, a la vez que seca los oídos que lo escuchan» (Calveiro, 2005:72).

Las memorias deben alumbrar en los instantes de peligro. Pero alumbrar no solo significa brillar, guiar o iluminar, sino también producir, engendrar, movilizar, transformar, adueñarse (una y otra vez), aceptar los cuestionamientos y responder a las preguntas. Y también (y sobre todo) a las preguntas que sean difíciles. Abrir el juego, no cerrarlo.

Las memorias deben transformarse, porque, también nos advierte Benjamin en su Tesis VI: «En cada época hay que esforzarse por arrancar de nuevo la tradición al conformismo que pretende avasallarla. Ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y ese enemigo no ha cesado de vencer».

Nada está asegurado ni lo estará. Que la memoria alumbré.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENJAMIN, WALTER (1969).** *Illuminations*. Shocken Books.
- CALVEIRO, PILAR (2005).** Puentes de la memoria: terrorismo de Estado, sociedad y militancia. *Lucha armada en la Argentina*, Año 1, N° 1.
- CANELO, PAULA (2019).** *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*. Siglo XXI.
- CANELO, PAULA (2022).** Ojos de video tape. Columna de opinión en *Panamá Revista*, Dossier Nueva Coalición Argentina, 5 de noviembre.
- CRENZEL, EMILIO (2008).** *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Siglo XXI.
- TORRAS, VERÓNICA Y LUCIANA BERTOIA (2017).** Memorias en disputa. Un análisis del discurso público. Ponencia presentada en el X Seminario Internacional Políticas de la Memoria. *Arte, memoria y política*. Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, ex ESMA, 28, 29 y 30 de septiembre.